

## » Primer plano.

VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

no de obra de la Europa de posguerra, que ya marchaba a toda máquina. Un millón de españoles emigraron hasta los años setenta, y sus remesas se convirtieron en una fuente de ingresos imprevista. Como tampoco se auguró el boom del turismo, reflejo igualmente de las conquistas de bienestar en Europa. El sector servicios pegó un estirón formidable.

Ni las decisiones políticas, por su dureza, ni los beneficios colaterales —el boom turístico, las remesas de inmigrantes, el auge de la industria pesada— que trajo el plan de 1959 son replicables ahora. La fuerza con la que la economía se puso a avanzar después tampoco aguantaba comparaciones: durante década y media, la tasa de crecimiento medio rondó el 7%, lo que delimita la etapa de expansión más prolongada y robusta de la economía española.

Si 1959 fue un año crítico en la memoria colectiva de la posguerra, la primera fecha que evocaron analistas, académicos y políticos en el arranque de esta crisis fue 1993, que dio nombre a la última recesión. Cuando el crecimiento español comenzó a tambalearse, en la primavera de 2008, el consenso entre los expertos era nítido. Pese a que algunos pasajes sonaban igual (precios descontrolados, burbuja inmobiliaria, turbulencias financieras), nadie da-

ba un duro porque se fuera a repetir una situación como la de 1994, con una caída del PIB del 1%.

La intensidad del deterioro económico ha dejado en muy mal lugar todas las previsiones. Ahora, la mayoría de los expertos creen que la crisis del ladrillo y las hipotecas basura dejará atrás la recesión de 1993. "Aquella fue grave, pero todo apunta a que ésta será una crisis más prolongada", indica Ángel de la Fuente, investigador del Instituto de Análisis Económico (CSIC).

La propia previsión del Gobierno anticipa que este año (-1,6%) se superará la contracción del PIB de 1993. Y que se encadenarán cinco trimestres o más en retroceso, algo inédito en las series de Contabilidad Nacional. Algunos hitos de aquella recesión, como el 25% que llegó a marcar la tasa de paro, no se ven ya tan lejos si se atiende a lo que pronostica Bruselas (19% en 2010). Tampoco los niveles de deuda (60% del PIB) o déficit (7,4%) públicos que se alcanzaron en los años noventa sueñan ya disparatados a la luz de las últimas estimaciones del vicepresidente económico, Pedro Solbes.

Más allá de si los peores registros de 1993 se baten o no, los expertos insisten en que la diferencia es que el Gobierno no dispone de los instrumentos que permitieron una pronta recuperación. "España ya no puede devaluar la moneda o fijar los tipos de

interés para salir rápido de la crisis", advirtió José Luis Feito, presidente de la comisión económica de la patronal CEOE, cuando se le pidió una comparación con 1993.

El fantasma de una crisis prolongada obliga a dar un nuevo salto atrás, hasta el *decenio negro* que arrancó en paralelo a la transición democrática. "En el mercado laboral fue durísimo, entre 1976 y 1985 no dejó de destruirse empleo", recuerda Matilde Mas,

**Los expertos creen que la recesión de 1993 ha dejado de ser la referencia**

**"Todo apunta a una crisis prolongada", dice un investigador del CSIC**

investigadora del Instituto Valenciano de Investigaciones (IVIE). La tasa de paro pasó del 7% al 20%; los 12 millones de ocupados de 1975 no volvieron a superarse hasta 12 años después.

"Ahora se parte de un colchón de 20 millones de empleos, no creo que se llegue a aquello", indica De la Fuente, aunque matiza: "Queda la incógnita de las implica-

ciones sociales del paro entre los inmigrantes, que cuentan con una red de apoyo mucho menor".

La espoleta de la depresión de mediados de los setenta fue internacional: la crisis del petróleo de 1973 puso punto final a la expansión de la posguerra en Europa y EE UU. Con la demanda a la baja y el subidón del precio de los combustibles, que se repetiría con el conflicto Irán-Irak, las vergüenzas de una industria poco competitiva quedaron al descubierto.

"El régimen, que estaba moribundo y buscaba el apoyo popular, respondió subiendo salarios y subvencionando el petróleo, lo que empeoró la crisis después", indica Albert Carreras. Ni que decir tiene que la incertidumbre política se dejó notar. "Las reglas de juego cambiaron para los empresarios y muchos optaron por exportar capital", recuerda el catedrático Tortella.

La vorágine de inflación, tipos de interés altos y contracción del consumo se cebó en los bancos. Sus carteras, muy dependientes de inversiones industriales, se devaluaron de la noche a la mañana. "A la crisis industrial, se sumó que la desregulación [con la ley de 1962] propició la creación de nuevas entidades y la incorporación de banqueros poco expertos, que fueron menos cuidadosos con los riesgos. Además, el Banco de España basaba su actuación en leyes obsoletas, en algunos ca-

sos del siglo XIX", recapitula Pablo Martín Aceña.

La crisis bancaria fue atroz, con víctimas ilustres como el Banco Urquijo o Banca Catalana. "Se llevó por delante la mitad del sistema financiero, hubo que intervenir en medio centenar de bancos", enfatiza el catedrático de la Universidad de Alcalá de Henares. Si se sustituye cartera industrial por cartera inmobiliaria, la comparación con lo que acontece hoy asusta. Pero en aquella ocasión, los dirigentes del Banco de España se conjuraron para que la historia no volviera a repetirse.

"Con Luis Ángel Rojo a la cabeza, el Banco de España estableció mecanismos de supervisión preventiva y se instituyeron las reservas estadísticas", añade Martín Aceña. A la nueva posición del organismo supervisor, le deben ahora bancos y cajas su mayor resistencia a las turbulencias financieras. El Banco de España impidió prácticas habituales en otros países, como sacar del balance los instrumentos de inversión en activos de alto riesgo, y obligó a elevar provisiones cuando más dinero se prestaba.

¿Alguna enseñanza más para evitar una crisis prolongada? "Soy pesimista", responde Tortella, "la salida pasa por mejorar la productividad, y eso es difícil a corto plazo, hay que adaptar el capital humano a actividades que requieran más cualificación, pero

# ¿Cómo se afronta la crisis esta vez?

## LEANDRO PRADOS DE LA ESCOSURA

Entre las similitudes de los gobiernos de José María Aznar y José Luis Rodríguez Zapatero figura el triunfalismo económico. El PIB habría crecido durante sus respectivas etapas superando la media europea. En una época aún reciente, en la que la población apenas crecía, PIB y PIB por habitante eran prácticamente sinónimos. Sin embargo, en la última década, el casi inexistente crecimiento vegetativo ha sido suplido por la inmigración masiva con un resultado de seis millones de habitantes más entre 1999 y 2008. Pero, ¿se mantiene el triunfalismo cuando se desciende al PIB per cápita? La respuesta es positiva. Del 3,7% de crecimiento anual del PIB desde la entrada en la Unión Europea (1986) hasta 2007, cuatro quintas partes (3%) corresponden al PIB per cápita.

Hasta aquí, las buenas noticias. Pero, ¿qué hay tras el PIB por habitante? Una sencilla identidad permite descomponerlo en el PIB por hora trabajada y las horas trabajadas por habitante. Aquí, los resultados son más inciertos. Por una parte, las horas trabajadas han crecido con respecto a la población total a un 1,7% anual, quebrando una tendencia descendente que se había iniciado a comienzos de los años 50. ¿Qué subyace tras este aumento? No han sido, desde luego, las horas trabajadas por ocupado que han continuado una tendencia secular descendente, y sólo, en muy pequeña medida, la mayor proporción de la población entre 15 y 65 años. La clave está en el incremento de la proporción de los ocupados sobre aquéllos en edad de tra-

### Composición del crecimiento de la economía española

Tasas medias anuales, variación en %

	PIB pm	PIB per cápita	Población	PIB por hora trabajada	Horas trabajadas
1855-1866	1,4	1,0	0,4	0,5	0,9
1867-1873	3,2	2,9	0,3	1,7	1,6
1874-1883	1,4	0,9	0,5	1,9	-0,5
1884-1892	0,9	0,4	0,5	0,4	0,4
1893-1901	1,3	0,9	0,5	0,8	0,5
1902-1913	1,3	0,7	0,7	1,1	0,2
1914-1920	1,3	0,6	0,7	1,7	-0,4
1921-1929	3,7	2,8	1,0	1,9	1,8
1930-1935	-0,1	-1,0	1,0	-1,8	1,7
1936-1944	-0,4	-1,2	0,9	-0,5	0,1
1945-1952	2,2	1,4	0,8	1,2	1,0
1953-1958	4,5	3,7	0,8	4,2	0,4
1959-1964	6,7	5,6	1,1	7,1	-0,4
1965-1974	6,9	5,9	1,1	5,7	1,2
1975-1978	3,2	2,0	1,2	6,3	-3,1
1979-1986	2,2	1,7	0,5	6,1	-3,9
1987-1992	4,4	4,2	0,3	1,1	3,3
1993-2007	3,4	2,5	0,9	1,2	2,1

Fuente: Prados de la Escosura

EL PAÍS

bajar. El aumento del empleo se ha concentrado, sin embargo, en la construcción y los servicios (sobre todo en aquellos menos avanzados tecnológicamente), sectores cuya participación en el PIB más ha crecido.

El otro componente, el PIB por hora trabajada, ha experimentado una acusada desaceleración, con una tasa de crecimiento anual de tan sólo el 1,1%, frente a una tasa promedio cercana al 6% entre 1953 y 1986. ¿Qué explica este resultado? La productividad aparente del trabajo depende, por una parte, de la dotación de capital (físico y humano) por ocupado y, por otra, de la eficiencia con la que los

factores de producción (capital y trabajo) se utilizan, que es lo que recoge la productividad total de los factores (PTF). Las estimaciones disponibles para el periodo 1986-2007 oscilan entre el estancamiento y el declive de la productividad de los factores, con lo que la mayor intensidad de capital por ocupado habría evitado una contracción de la productividad del trabajo. En contraste, la PTF explicaría casi dos tercios partes del fuerte aumento de la productividad laboral durante 1953-1986.

¿A qué puede atribuirse esta marcada desaceleración de la productividad total de los factores? Es cierto que los aumen-

tos de eficiencia derivados del "cambio estructural" (trasvase de mano de obra del campo a la ciudad, eliminación de industrias obsoletas, ...) ya se han agotado. Sin embargo, el argumento de que en una economía madura no debemos esperar aumentos dramáticos de la productividad es desmentido por la experiencia de los EE UU desde 1995. Si recapitulamos, la industria es eficiente y pequeña (17,5% del PIB en 2007) y eficiente, y la agricultura tiene dimensiones muy reducidas (2,9% del PIB en 2007), y, entre ambas, emplean a una minoría de los trabajadores. El desafío procede, pues, de la baja productividad de la construcción y los servicios (en los que una mino-

**El desafío procede de la baja productividad de la construcción y los servicios**

ría es tan eficiente como en la manufactura) que concentran el aumento del empleo. Por otra parte, el mayor nivel educativo no parece haberse traducido en un incremento sustancial de capital humano que contribuya de forma significativa al crecimiento de la productividad laboral.

En definitiva, el notable crecimiento del PIB por habitante desde la entrada en la Unión Europea se ha debido en medida considerable al aumento del empleo en sectores de baja productividad, mientras el modesto aumento de la productividad del trabajo ha dependido del mayor uso de capital y no de mejoras de la eficiencia en el uso de los factores de producción. Ello limita, sin duda, la capacidad de respuesta de la economía española ante la crisis. ■

**Leandro Prados de la Escosura** es catedrático de Historia e Instituciones Económicas en la Universidad Carlos III de Madrid.